

IV Congreso de la Red Internacional de Migración y Desarrollo

Crisis global y estrategias migratorias:

hacia la redefinición de
las políticas de movilidad

18,19 y 20 de mayo de 2011 - FLACSO - Quito, Ecuador



Más notas sobre el retorno cíclico boliviano

Control y libertad en los proyectos de movilidad entre España y Bolivia¹

Por Leonardo de la Torre Ávila

El truco no es no tener hogar, sino tener muchos, y estar al mismo tiempo fuera y dentro de cada uno de ellos, combinar la intimidad con la mirada crítica de lo ajeno, el involucramiento con el distanciamiento. (Zygmunt Bauman)

No me voy y digo “me quedo” y, al volver, tampoco me vengo para siempre. (Anónimo, migrante boliviano entrevistado por Dandler y Medeiros, 1985: 58)

Introducción

Quizá no sea exagerado indicar que, en Bolivia, la movilidad siempre, o casi siempre, se ha vivido ejecutando diversas modalidades de retorno al territorio de origen. Esas modalidades de viaje/retorno, ausencia/presencia, podrían rastrear sus orígenes (ideales) en un pretérito pre-colonial y pre-incaico, ahí donde descansan las evidencias de las macro-adaptaciones que condujeron al logro de la complementariedad (y, más tarde, a la constitución de las grandes estructuras políticas andinas) (Condarco Morales, 1971), así como en la “ocupación vertical de pisos ecológicos”, los principios de “economía moral” (Murra, 1987) y otras nociones que han regido la reciprocidad y la movilidad humana en esta parte del mundo. Sin embargo, y pese a estas nociones que según Hinojosa estructuran el *habitus migratorio* boliviano (2009); creemos que las referidas modalidades de migración y retorno pueden ser observables en hechos menos ideales (y menos discutibles) en la historia reciente de la movilidad boliviana.

La larga tradición de “idas y venidas” de la migración desde los valles interandinos hacia la Argentina tal vez pueda compararse con la reciente experiencia de las comunidades indígenas de Oruro y Potosí, en continua trashumancia de ingresos laborales hacia territorio chileno y posteriores regresos a la comunidad de origen. En ambos casos, el hecho migratorio tiene su contrapunto en el hecho del retorno. Por otro lado, se hace difícil demostrar esa misma dinámica entre las mujeres cruceñas que hoy lideran la presencia boliviana en Zúrich o incluso entre las propias mujeres cochabambinas que dan rostro a la migración boliviana en Bérnago. En estos últimos casos, no se ha constatado todavía una relación tan orgánica entre migración y retorno.

Por el momento y antes de generalizar los rasgos de este modelo de migración vivido en función al retorno como válido para todos los frentes que la migración boliviana ha presentado a lo largo del tiempo, conviene precisar dos dimensiones desde las cuales observar el mencionado modelo con más objetividad: una dimensión geográfica influyente e influida por una dimensión histórica. La exhaustividad descriptiva de este modelo es más fácil de comprobar cuando las y los migrantes provienen de algunas regiones bolivianas, tal cual expondremos a continuación, e incluso al interior de dichas regiones la relación directamente proporcional entre migración y retorno se ha desarrollado de una manera dispar en función a acontecimientos y lógicas estructurantes que también han ido cambiando a lo largo del tiempo.

¹ Texto inicialmente escrito para el Grupo de Estudios de Inmigración y Minorías Étnicas (GEDIME) de la Universidad Autónoma de Barcelona, a ser publicado por la Editorial Anthropos. Buena parte de este trabajo se debe al informe *Potencial para el emprendimiento micro-empresarial de retorno en localidades bolivianas de alta migración hacia España* de Theo Roncken y Leonardo de la Torre Ávila. (2009). La Paz: FIE-ONG/ FUNDACIÓN CREA EMPRESA/BID. Mimeo. El autor también agradece el apoyo de la Organización Internacional para las Migraciones (Bolivia), puesto que un trabajo de consultoría en el marco del Programa Aeneas, Comunidad Europea, le permitió terminar la última versión de estas páginas.

En Cochabamba, porque la reflexión obliga citar este ejemplo, existen sub-regiones como el Valle Alto en las que el hecho migratorio internacional tiene una historia de al menos ochenta años. Los movimientos migratorios ejercidos desde el Valle Alto hacia las salitreras de Chile en las primeras décadas del siglo XX (González, 1996), las minas potosinas, entre 1940 y 1960, Argentina, masivamente desde entonces hasta finales de la década del 60 —aunque muchas familias establecieron allá su residencia o un ritmo propio de viajes y retornos que continúa hasta hoy (Grimson, 2000; Benencia, 2004)—, Venezuela, en la década del 70, los Estados Unidos, a partir de 1980, con características de permanencia similares a las de la Argentina (Price, 2006), destinos menores como Israel en la década de 1990 y, luego, naturalmente, España, en los últimos años, han traído verdaderos impactos en la base demográfica de poblaciones de la sub-región; pero, si bien muchos de esos migrantes han afinado luego permanencia definitiva en sus respectivos puntos de destino, lo más frecuente ha sido el retorno hacia Bolivia o hacia el fermento de un nuevo ciclo migratorio, para ser más precisos. En cada momento de afinamiento temporal en la tierra de origen, estas familias han hecho inversiones significativas para la continuidad de la vida familiar y el movimiento económico comunitario entre las que podemos citar la compra de tierras, la remodelación o construcción de casas o la inversión productiva en huertas o explotación ganadera a pequeña escala.

Más allá de describir este ejemplo histórico concreto, la primera parte de este texto analizará algunas de las decisiones vitales tomadas por bolivianas y bolivianos que radicaron o todavía radican en el exterior para observar al retorno y la inversión como presencias en la tradición migratoria boliviana, preguntándose luego sobre la eventual vigencia de un modelo migratorio basado en esas características. ¿Es acaso justo, o al menos necesario, estudiar hechos sociales para legitimar o refutar modelos analíticos? Creemos firmemente que no. Acabamos de indicar que ni si quiera al analizar movimientos migratorios bolivianos ya pasados y cruzados por pertenencias geográficas y culturales comunes podríamos llegar a conclusiones generalizantes. Con la memoria en aquellos “tipos ideales” que nos pidió proyectar Weber, creemos, sin embargo, que las abstracciones, en tanto construidas sobre la base de evidencias empíricas, pueden ayudarnos a superar la perplejidad por tanta diferencia y tanta particularidad para permitirnos perfilar hipótesis de entendimiento sobre formas similares de guiar la vida. Nada en este artículo pretende agotar una explicación sobre un único modo boliviano de migrar o de retornar, puesto que tal abstracción no existe. Aun así nos guía el afán de perfilar rasgos comunes que nos permitan comprender las destrezas y los recursos con que cuentan las familias bolivianas que residen en el exterior a la hora de reflexionar sobre su eventual retorno.

Para circunscribirse a la información recogida durante el trabajo de campo colectivo que motiva este libro, nuestras reflexiones sobre aquel modelo de migración y retorno se abocarán a las bolivianas y los bolivianos que hoy viven en España como unidad de análisis principal, aunque no excluyente. La segunda parte de este texto pregunta, de hecho, si las complicaciones propias al ciclo español de nuestra diáspora amenazan hoy (parcial o definitivamente) contra esa tradición de migración, retorno e inversión.

Probablemente, España y otros destinos transoceánicos (aunque en lo transoceánico no se agotan los motivos de diferencia respecto al pasado) presentan hoy desafíos concretos que enfrentan no sólo a un modelo de migración basado en el retorno sino a la forma integral de vivir la movilidad en base a una tradición regida por continuidades y permanencias. Entre esos desafíos concretos, siempre con el tema del retorno como metáfora de análisis, nuestro análisis identificará al campo laboral (con sus estabilidades e inestabilidades en contexto de crisis), el campo de la regularización migratoria y el campo de la unificación o separación familiar. En estos tres campos encontramos sucesos y lógicas que, en tanto variables, no pueden dejarse de lado a la hora de comprender cómo los proyectos migratorios bolivianos tienden a o se alejan de la opción del retorno. Si el primer fragmento del texto analizaba algunos orígenes (históricos geográficos, de acontecimientos y lógicas, etc.) de la diáspora migración-retorno; el segundo fragmento pretende perfilar a qué variables externas y cómo es que se adaptan los proyectos migratorios que hoy despliegan las familias bolivianas en España, específicamente a la hora de encarar el retorno.

Finalmente, las conclusiones partirán de un esquema que resume la manera en que estas condicionantes o variables externas problematizan el retorno de la colectividad boliviana en España. Este cierre también proyectará estas reflexiones hacia un cambio de registro, pues más allá de analizarlas desde

una perspectiva académica propondrá considerarlas como modestos elementos hacia la discusión de una posible o imposible política pública para el retorno. En Bolivia, este tema es hoy la arista o la ventana desde la que se piensa o, sobre todo, se habla y hasta se intenta normar las migraciones desde distintas instancias del escenario público. La llamada “Directiva de Retorno”, medida promovida por la Unión Europea a mediados de 2008, fue una noticia tan comentada como aquella de la imposición de visados de ingreso al Espacio Schengen para ciudadanos bolivianos, acontecida poco más de un año antes. Ambas noticias, seguidas por la interpretación de una lluvia de “cables”, notas de prensa (de la muy seguida Radio Televisión Española, sobre todo) y —si se nos permite imaginar— llamadas telefónicas familiares de efecto comunitario incalculable fueron dando cuenta de un proceso que se resumía en una conclusión que pocos se preocupaban en confirmar y muchos en repetir: En España ya no hay trabajo, nuestros compatriotas están volviendo masivamente.

La propia Unión Europea, el Banco Interamericano de Desarrollo y otros influyentes actores multilaterales presentaron proyectos de cooperación internacional centrados en la verdad del retorno, tanto en Bolivia como en otros países de la región. Amparándose en la firma de Convenios Bilaterales (que Bolivia ha sido reacia en suscribir), y argumentando una lectura del co-desarrollo que sugiere el retorno de los migrantes a sus lugares de origen más pronto que tarde, diversos programas estatales y multilaterales pensados desde el Gobierno Español y las instancias regionales y multilaterales citadas, han ofrecido incentivos al “retorno voluntario”, sea a través del pago anticipado del seguro de desempleo o paro, en el caso de migrantes que ya contribuían a la Seguridad Social, sea a través de muy modestas dotaciones de dinero para el viaje y el inicio de un emprendimiento micro-empresarial, así como programas de apoyo para ese objetivo. Estos programas, que evocan a la *gestión* o a la *governabilidad* de las migraciones desde una lectura macro-económica, sumados a un grupo reducido de casos de asistencia para el llamado “retorno vulnerable” han conducido la aproximación al debate y la propuesta de política pública con el mismo énfasis con el que hace poco tiempo se hablaba de las remesas para “apalancar” el desarrollo.

A su manera, y desde las otras posturas sociales e ideológicas, el propio Estado Boliviano también viene dirigiendo parte de su discurso político sobre migración al tema del retorno. El Presidente Evo Morales, quien, en algunos de sus principales mensajes, había apelado a los bolivianos en el exterior desde el reconocimiento a su trabajo así como a las sociedades receptoras con el incisivo pedido de respeto a los migrantes, ha centrado sus intervenciones recientes en insistir en la oferta de retorno a Bolivia como una solución estructural para la situación de muchas familias migrantes. A Carlos Mamani, el minero boliviano que sobre-vivió junto a 32 mineros chilenos a 700 metros de profundidad en la mina de San José (Copiapó) y fue rescatado en un operativo que atrajo la atención del mundo entero, Evo Morales le ofreció casa y trabajo bien pagado en Cochabamba, Bolivia. Mamani había manifestado su deseo de permanecer en Chile, pero Evo insistió hasta que se aceptó su oferta y se estableció el mensaje que podría interpretarse como “se está trabajando por transformar y hacer más justa nuestra base productiva; los invitamos a confiar en nosotros y volver”. Meses después, en los fatales acontecimientos de represión policial y vecinal tras la toma de los terrenos públicos del Parque Indo-Americano protagonizada por, entre otros, migrantes bolivianos en Buenos Aires, Argentina, Evo volvió a intervenir para condenar los hechos y dirigirse a esos migrantes para asegurarles que en Bolivia sí habían tierras y que lo más atinado era volver.

Así concluirá este texto, aproximándose a leer en la coyuntura cómo se perfilan los rasgos del inicial abordaje boliviano en el tema retorno. La intención es la de ofrecer más elementos a quienes hoy reflexionan y actúan sobre el hecho migratorio boliviano. Alguno de los elementos que han aportado años de investigación sobre las maneras bolivianas de migrar y volver puede ser rescatado en este debate. ¿Quién controla los proyectos migratorios familiares?, nos preguntamos. Quizá los condicionantes de la economía, de la planificación estatal, quizá las familias, quizá éstas pero en consideración ineludible hacia aquello que las excede. Si las familias migrantes bolivianas hoy residentes en España tendrán alguna opción para insertar sus futuros emprendimientos (empresariales, de vida) en aquella vieja lógica de migración, inversión, retorno, migración o se enfrentan a probar su creatividad obligadas por nuevas condiciones de juego está aún por verse. Mucho por andar en el camino de la acción, más si pretendemos

rebasar los conocidos contornos de la migración de origen rural y expandirnos hacia los casos la migración internacional de origen urbano que hoy protagoniza la cara más visible del hecho migratorio boliviano, aunque sin lograr separarse del todo de una base de prácticas muchas veces referidas al mundo rural y comunitario (Hinojosa, 2004).

¿Podemos encontrar en el hecho del retorno cíclico una oportunidad para cooperar con iniciativas de acción pertinentes a las familias que hoy viven su proyecto migratorio desde la esperanza de volver? Aquel hecho del retorno cíclico puede ser discutido hasta el cansancio pero, mientras tanto y en lugar de solamente discutirlo, también puede tomárselo como una hipótesis hacia el futuro basándonos en una lectura del pasado y el presente. La utilidad del modelo, más allá de sus imperfecciones, quizá se encuentre en las herramientas que nos otorga para planificar (ensayar) propuestas de política pública con creatividad estructurada en algo que conocemos.

1. Los saberes bolivianos del retorno cíclico

Hace algunos años, Martha Giorgis realizó una investigación sobre la celebración de la fiesta de la Virgen de Urkupiña en el boliviano Gran Córdoba, Argentina. Entre otras búsquedas, aquel trabajo de inmersión se había propuesto “estudiar el modo en que los protagonistas de esta celebración viven y conciben la migración desde Bolivia a Córdoba” (Giorgis, 2004: 11). Cuando la investigación se organiza desde esta intención, las sorpresas son garantizadas; al menos así la vivió Martha Giorgis, “descubriendo perspectivas y categorías propias de los actores, relativamente inesperadas por el investigador” (Id.). Según, Giorgis y lo mejor de la tradición etnográfica, el sentido que los actores atribuyen a sus prácticas no es evidente por más que éstas nos sean vecinas e incluso familiares.

Una de esas categorías de auto-percepción que Giorgis encontró era la de entender a la migración no como un desplazamiento unidireccional de un país de origen hacia otro de destino, sino como “entradas y salidas a trabajar” (Id: 60-64). En primer lugar, los migrantes se definían así mismos como trabajadores, y en segundo lugar explicaban sus actos de traslado con frases del tipo ‘este fin de semana voy a salir’ (si planeaban viajar de Córdoba a Bolivia) o ‘mi sobrino ya ha entrado’ (refiriéndose a alguien que había llegado de Bolivia a Córdoba). Apoyándose en Bourdieu, Giorgis comprendió que los entrantes y salientes explicaban su vida desde una “lógica de la práctica”, es decir desde una lógica que permitía alcanzar el conocimiento no sólo desde la comprensión de conceptos sino desde la realización de actos desplegados en sus respectivos tiempos.

Existen saberes que, como la destreza de los carpinteros, sólo se adquieren *haciendo*, con todo el tiempo que eso tome. Salir de tu lugar de origen y entender que tu partida no traerá un cambio definitivo de residencia, sino un reacomodo a la movilidad en función a la búsqueda de trabajo, incluyendo la posibilidad del retorno, también puede ser un conocimiento que se aprende. Alain Tarrius, quien también encontró entrantes y salientes entre mercados, puertos y ciudades intermedias de la “economía subterránea” del arco mediterráneo, propuso la noción de un “saber circular”. Aunque con aquella noción Tarrius describía el saber desplazarse “(atravesando) universos donde rigen reglas y normas contrastadas” (2002: 18), nosotros podríamos evocarla para continuar en este planteamiento contextualizador sobre el retorno en la tradición migratoria boliviana.

Sara es una joven boliviana de 29 años que se ha planteado permanecer en España sólo hasta sus 30. Por otro lado, admite que fue a España por un par de años y ya lleva seis de trabajo ininterrumpido, en Barcelona y alrededores. Sus hermanas mayores fueron a vivir a Argentina y Santa Cruz (la pujante ciudad boliviana) años atrás. Una noche, al volver de una fiesta en la que escucharon que una señora habría optado por España, sus padres decidieron aprobar el proyecto de Sara y ayudarle a reunir el dinero para el viaje. Sara estudiaba Biología pero, sobre todo, quería trabajar y palear en algo el hambre y los deseos de estudiar de sus hermanos menores. Llegó a Barcelona, trabajó a partir del día siguiente, logró devolver el préstamo del viaje, y tiempo después, pasó un mes llorando mientras esperaba noticias de otro de sus hermanos, que se había ido a los EEUU a través de México; es decir, irregularmente. Llegó sano y salvo. Años después, habiendo trabajado en hotelería, granjas de pollos y otros oficios, Sara divide su

tiempo actual entre el trabajo de cuidados infantiles y la limpieza doméstica. Ya ha enviado más de 21,000 euros a los suyos y sueña con abrir una guardería en algún punto de Bolivia para liberar a muchas mujeres del cuidado de sus hijos, puesto que éste recae sólo sobre ellas. Piensa que al volver su vida será mejor que lo que era antes de partir, no gracias a España, sino gracias a que aprendió a tomar decisiones².

Casos como el de Sara —migrante en España cuyos hermanos son a la vez, o han sido, migrantes en otros países— no son extraños en Bolivia; pero son la norma en algunas regiones de los valles interandinos. Los “entrantes y salientes” a y desde Arbieta (Valle Alto de Cochabamba) ilustran estas nociones con sus historias de vida. Joaquín y Gabriela, padres de Sara, llegaron a Cochabamba provenientes de Potosí, justo el año en que el Decreto 21060 determinó el cierre de la amplia actividad minera estatal. “Yo estaba como perforista”, cuenta don Joaquín, a tiempo de recordar que muchos de esos mineros re-localizados “a todos lados han ido, pues; estando jóvenes, han ido a buscarse trabajo”³. Don Joaquín llegó a establecerse como albañil y trabajador agrícola en Arbieta, tomando algunas de las ofertas que le brindaban las inversiones de los arbietanos “originarios”, migrantes más acomodados, que no dejaron de construir y producir aun viviendo en los Estados Unidos. Mientras el matrimonio de don Joaquín y doña Gabriela ahorra laboriosamente para la compra de un pequeño terreno y la construcción de una casa, por etapas, sus hijas mayores y el mayor de sus hijos viajaban. Los tres hijos menores permanecen en Arbieta, recibiendo ocasionalmente los regalos de sus hermanas y hermano, además de alguna eventual reflexión sobre las verdaderas implicaciones de vivir fuera de casa. Esta familia no aprendió la “lógica de la práctica” del viaje sólo durante su residencia en Arbieta, el corazón migrante del valle, sino gracias a experiencias anteriores. Cuando preguntamos a don Joaquín si su propia experiencia incluía viajes previos a la Argentina, él nos dijo: “Sí, hartito. Antes ya *sabía* ir yo”⁴.

Dicha en Arbieta (y más allá de los juegos de lenguaje), la frase de don Joaquín demostraría que “saber ir” habría implicado, por supuesto, “saber volver”. Don Joaquín, como muchos otros, trabajó fuera de Bolivia y tiempo después se estableció, en este caso no en su pueblo de origen sino en Arbieta, con un pequeño terreno comprado y una pequeña casa ahora a poco de terminarse, en buena parte gracias a los aportes de su hija Sara. En los valles interandinos el saber “ir y volver” ha sido interpretado en tanto estrategia de complementación de ingresos especialmente en las décadas de 1980 y 1990 (Dandler y Medeiros, 1985) y, posteriormente, como un hecho necesario para la reproducción de la vida familiar y comunitaria (Cortes, 2004b; Hinojosa en de la Torre, 2006). Estas explicaciones permitían entender las dinámicas migratorias sostenidas principalmente entre esos valles y la Argentina —aunque ya hemos podido indicar los ciclos que relacionaron a la población específica de Arbieta, integrantes de un verdadero “territorio circular” con otros destinos migratorios— y se centraban en la descripción de una movilidad cíclica, de temporalidad breve, centrada en experiencias de complementariedad de ingresos y protagonizada principalmente por migrantes masculinos.

Más allá de estas nuevas notas sobre el modelo en buena medida ya perfilado desde varios estudios, no debemos dejar de ver uno de los hechos que lo estructura. Tal cual puede escucharse en la historia de Joaquín, Gabriela y su hija, si bien la noción de circulación en el territorio describe mejor que la simple “migración de un punto a otro” la dinámica vital de muchas familias, el mencionado modelo no debe perfilarse desde la inocencia, como si respondiese solamente a un conjunto de lógicas aisladas de origen psicológico, ajeno a lo laboral, lo productivo, lo económico. Don Joaquín dejó Potosí cuando perdió su fuente de trabajo tras un descenso de los precios internacionales del mineral que, en Bolivia, fue el argumento para un despido masivo y el arranque de otras medidas neoliberales; años después, su hija también partió por la necesidad de garantizar la alimentación y la educación de sus hermanos: la familia rural boliviana no ha dejado de sufrir los efectos de una “pobreza rural crónica” (Cortes, 2004b) directamente relacionada con diversos momentos de exacción ejecutados por actores diversos sobre la fuerza de trabajo más vulnerable.

² Sara (Barcelona, 8/8/2009).

³ Joaquín (Cochabamba, 9/02/2009).

⁴ Id.

La “exacción” —descrita por Klein (1997) y otros historiadores como una de las constancias fundamentales para entender el andamiaje de las economías colonial y republicana, a la que podríamos también encontrarle continuidades en los períodos neoliberales— no se habría detenido, obligando que a ella, o a la pobreza crónica (agravada, por ejemplo, por ciclos de sequía como los que Brooke Larson (2000) estudió en el Valle Cochabambino), se hayan ido adaptando las lógicas migratorias de la Bolivia profunda, con muchas particularidades locales. Si no dejamos de ver lo económico, lo estructural, entonces recuperamos elementos de interpretación de sus procesos relativos, entre ellos, los migratorios. Con el paso del tiempo, esos procesos de cambio para la supervivencia o de “adaptación continua a las necesidades de la modernidad” (Cortes 2004a), habrían devenido en lógicas de la práctica migratoria. Ahora bien, a través de la repetición, esas lógicas de la práctica —y aquí viene un apunte antropológico de tanto peso como los económicos— también se habrían constituido, en sí mismas, en presiones influyentes sobre los proyectos biográficos migratorios de las futuras generaciones. Citando nociones de Hirschman, podemos repetir que *diásporas de la desesperación* se convierten en *diásporas de la esperanza* y, tras una repetición generacional, en *diásporas de la tradición* (de la Torre, 2006). ¿Cómo, entonces, desconocer estas dinámicas históricas y estructurales, centradas en el recuento de las experiencias y las motivaciones de la práctica, a la hora de pensar el retorno? La circularidad no ha sido casual, su tracción sobre los proyectos migratorios actuales no debería dejar de verse.

Tanja Bastia dedicó un estudio iluminador a las dinámicas de movimiento de otra población minera boliviana cuya circularidad también ha estado sujeta a momentos de necesidad económica agudizada y crisis. La actividad en las minas de este pueblo cayó igualmente al promediar la década de 1980, obligando un periplo popular que hasta ahora lleva más de 20 años. Al margen de una relocalización en la zona cocalera del Chapare, estas familias mineras fundaron un barrio ocupando tierras en el valle de Cochabamba. Tiempo después, al finalizar la década mencionada e iniciar la de 1990, articularon sus redes de movimiento hacia Buenos Aires, Argentina, para establecerse, en algunos casos durante una década, en talleres de costura y otros oficios. La crisis argentina, cuyo pico se alcanzó en 2001, obligó a muchos viajeros de este pueblo a retornar a Bolivia; algunos dando su ciclo migratorio por concluido y muchos otros u otras (para ser más precisos), proyectando una re-migración hacia España (Bastia, 2011). Más adelante la investigadora compara la crisis argentina y la crisis española (cuyo pico podría ubicarse en 2008), para entender cómo han adaptado a ellas sus proyectos migratorios los migrantes consultados. En ambos casos se observan vestigios de la violencia de lo externo —la crisis económica y, como veremos más adelante, las políticas migratorias— que nos evocan a esas incesantes modalidades de exacción de la energía que hace andar los proyectos familiares. Hace poco, las entrevistas de la larga investigación de Bastia continuaron en el puerto de Algeciras y otros puntos de España donde las viajeras y los viajeros de aquel pueblo minero han perdido la cohesión, al menos geográfica, que mantuvieron en Buenos Aires. “Hasta ahora no he conocido a ningún boliviano con su historia migratoria del todo cerrada”, nos dijo Tanja Bastia cuando comentábamos su estudio⁵.

El paso subsiguiente a un retorno cíclico es, por supuesto, una nueva partida. Carmen vivía en Quillacollo (Valle Bajo de Cochabamba), dedicada a la venta de carne en un mercado. Muy joven partió junto a su esposo a la Argentina, porque éste tenía ahí un hermano, aunque esa experiencia Carmen casi ni la toma en cuenta porque no lograron conseguir trabajo y regresaron pronto. Luego partieron a Santa Cruz y permanecieron ahí durante 10 años, trabajando con remuneración humilde y criando a sus dos hijas. Tras divorciarse y volver a Cochabamba, Carmen empezó a acunar el deseo de tener una casa propia, sabiendo que de su ex-esposo no recibiría ayuda alguna. Se endeudó con una micro-financiera y decidió viajar a España en 2003 para trabajar y deshacerse de esa carga, luego de advertir que en Bolivia le sería imposible reunir el dinero suficiente. Desde Barcelona logró pagar la deuda y enviar remesas que su hermana le administró para la manutención de su hija menor (la mayor se había casado) y para empezar el ahorro para la casa. En 2005, con los materiales comprados, Carmen regresó a Bolivia donde permaneció durante dos años. Luego advirtió que sus cálculos habían sido imprecisos, dado que el costo de las

⁵ Tanja Bastia (Madrid, 9/8/2009).

pensiones escolares de su hija y otros gastos empezaron a asfixiarla. Cuatro años después de su última partida, tras una breve estadía en Quillacollo, doña Carmen volvió a subirse a un avión con rumbo a Barcelona.

Estuvo ahí entre 2007 y 2009, afrontando muchas más dificultades para encontrar trabajo que en su primera temporada en España. Por añadidura puede contarse que su hija mayor, que había terminado estudios universitarios pero trabajaba como profesora de escuela, también viajó a España donde permaneció solamente durante un año ahorrando para comprar un truffi (mini-bus de transporte público) para su marido, en Bolivia. Mientras tanto, dos de los hermanos de Carmen trabajaban en Estados Unidos. En 2009, como decíamos, Carmen regresó a Quillacollo. Del negocio de la carne pasó a hacerse cargo de la amplia cocina de un cuartel militar, tarea que la extenua día a día. Vive junto a su madre, delicada de salud, y junto a su hija menor, que ya es una adolescente. Aunque las decisiones vinculadas a la reunificación familiar serán abordadas plenamente en el apartado siguiente, transcribimos a continuación el diálogo sostenido con Carmen en julio de 2010, cuando le preguntamos sobre sus planes para el futuro:

- Y ahora, la última pregunta. Después de haber estado dos veces en España, ¿usted cómo siente?
- ¿Cree que ha valido la pena haber ido? ¿Qué piensa?
- Por ratos vale la pena pero por ratos no. He ganado dinero más que en aquí, pero lo que no vale la pena es que me haya apartado yo de mi hija. No nos podemos entender.
- ¿Es el principal costo?
- Pero aún digo yo, si tuviera la oportunidad de volver, volvería.
- ¿Todavía lo piensa?
- Todavía lo pienso, porque los últimos cuatro meses [de éste mi último viaje], trabajé con una sola persona, una ancianita. Los cuidé muy bien, trabajé en la noche más. La cuidaba a la señora, que se encariñó conmigo y me ha dicho: “Cualquier cosa, no dudes en venir, si quieres volver, volverás”.
- O sea que usted de volver, ¿volvería con esta familia?
- Sí, pero por mi hija me la pienso diez mil veces⁶.

Como veremos en el siguiente apartado de este texto, el retorno cíclico, como correlato, de las sucesivas partidas, se problematiza en la actualidad ante condiciones reales que atañen, por ejemplo, al control de las decisiones familiares y personales en el contexto español. “¿Volver? Ni loca”, nos dice doña Marlene, pacheña residente en Madrid hace ocho años. Antes vivió en la Argentina y de ahí viajó junto a otros residentes de su pueblo (un pequeño municipio) que en julio toman el parque de Móstoles para celebrar la fiesta de su virgen. Doña Marlene ha escuchado de experiencias exitosas de retorno a Bolivia, pero cuando le toca hablar de su propio caso sólo quiere fiarse de lo seguro, y ahora eso es vivir y pensar un futuro en España para los suyos, que ya cuentan con los documentos de residencia y “ya está haciendo una vida” (Madrid: 6/8/2009).

Por el momento, las entrevistas indicarían que el movimiento cíclico no cesa hasta que la migrante o el migrante no sienten que las oportunidades reales (laborales, de realización, etc.) estén plenamente garantizadas para la reproducción de su vida y la de su familia; para su felicidad, si es que el término no es rechazado por su simpleza. A cada nueva partida y a su eventual retorno, como partes de ese movimiento cíclico, parecería acudir como se acude a una estrategia derivada de un saber circular — que se aprende comunitariamente antes que descubrirse individualmente— y que es una forma de organizar proyectos migratorios que al decir de Michel Wieviorka, se “desplazan en permanencia” (2002: 13) con el fin de permitir a la familia migrante un repertorio de acciones y recursos para seguir manejando su vida. Tarrus llegaba a especificar que hay redes sociales más propicias a la circulación que otras, puesto que van más allá del simple reconocimiento y la colaboración entre pares⁷. Volviendo al caso boliviano, como señalamos en la conclusión de un trabajo antecedente directamente relacionado con el presente:

⁶ Carmen (Cochabamba, 25/7/2010).

⁷ De hecho, Tarrus define su concepto de *territorios circulares* como “los territorios que abarcan las redes definidas por las moviidades de poblaciones que tienen el estatuto de un saber-circular” (2000: 55). En su razonamiento, Tarrus declara una reminiscencia a la noción de “regiones morales” propuesta por la Escuela de Chicago.

La capacidad para conducir el hecho migratorio hacia el retorno nunca fue evidentemente homogénea para todos los migrantes bolivianos, pero podía reconocerse como una tendencia principal si consideramos la constancia de las “idas y venidas” y la gestión experimentada de ciertas competencias de gestión asociativa de la diáspora, circunscritas y referenciadas al lugar de origen (Roncken y de la Torre, 2009:3).

Una de las principales “referencias al lugar de origen” que ha permitido el retorno cíclico es la de momentos de inversión en cada instancia de regreso. En este elemento —nuevamente más observable en algunas regiones y entre algunas redes migratorias más que en y entre otras— se evidencia el carácter esencialmente inversor, y no *remesador*, de muchos proyectos migratorios bolivianos; así como también se perfila que, aunque pertinente para un momento inicial de cada ciclo migratorio, la noción de remesas por sí misma es insuficiente para explicar todas las modalidades de transferencia de excedentes económicos que, de una forma u otra, hacen llegar (o, en realidad, traen consigo) nuestras familias migrantes.

Hace veinte años, Dandler y Medeiros ya detallaron cómo los migrantes urbanos (cochabambinos) dirigían la mayor parte de su capital trabajado en el exterior hacia la vivienda, los gastos familiares (incluyendo aquellos propios al matrimonio), la compra de movi­lidades y otros; mientras que los migrantes de origen rural pensaban en la tierra, la agricultura, los gastos familiares y la vivienda, en ese orden, como inversiones principales (1985). Como se ha podido replicar en estudios recientes (de la Torre y Alfaro, 2007), al centrarse las inversiones rurales en la tierra, la vivienda y los gastos familiares queda revelado el rol de seguridad que la familia migrante asigna a su proyecto migratorio, como estrategia central para la consolidación de sus metas vitales. En cuanto a la familia urbana, otros estudios contemporáneos coinciden en reforzar la identificación de “la casa propia” como principal destino de la inversión migrante. El inmueble es un logro que se pretende asegurar tras la aventura migratoria; así como lo son otros frutos necesariamente “privados” de la inversión migrante, incluido el “invertir en hogar (en el sentido amplio del término)” garantizando estudios que permitan a los hijos buenas oportunidades laborales (Roncken *et al.*, 2009).

Ésa es la puntualización que Genevieve Cortes nos pide no olvidar a la hora de acercarnos a la noción de “ciclos migratorios”: se llaman así porque están ineludiblemente relacionados con los ciclos vitales de los individuos, es decir, con sus proyectos de vida. Para el caso de las poblaciones del Valle Alto que estudio, una vez más en tanto propuesta de modelo, Cortes llegó a señalar tres ciclos típicos a lo largo de la vida de la familia migrante tipo; a saber, el “ciclo de iniciación”, el “ciclo de construcción” y el “ciclo de consolidación”(2004a: 246-249). La inversión (en casa, tierra, emprendimientos productivos o micro-empresariales, etc.) suele consolidarse en la medida en la que nos acercamos a los años en los que el migrante piensa en su retiro, casi siempre al margen de cualquier programa estatal de Seguridad Social. Si, como nos demuestra Cortes, quedan en manifiesto “las interacciones que existen entre las lógicas migratorias y las que revelan sistemas de producción o de consumo” (274), entonces se entiende porque siempre se está leyendo, entre líneas, al tema de las inversiones (además del de los llamados gastos corrientes), cuando se escucha a bolivianas y bolivianos residentes en el exterior hablar de sus planes a lo largo del tiempo, hasta llegar al fin de los años económicamente activos, por lo general en Bolivia. Una vez más desde la claridad de Genevieve Cortes explica cuán central es lo migratorio en las decisiones vitales de los pobladores vallunos: “una dialéctica de la ausencia/presencia nace, en realidad, de una migración ‘funcional’, o sea estructurante de la realidad” (2004b: 169).

¿Cuál es el efecto comunitario de éstas inversiones y de estos gastos familiares? ¿Podríamos precisar su cuantía durante el envío de remesas, al llegar cada ciclo de retorno y, eventualmente, tras el ciclo migratorio final? En Bolivia seguimos respondiendo estas preguntas con estudios de casos y evaluando el equilibrio entre lo ganado y lo perdido por la ausencia de nuestra fuerza laboral. Roncken y Forsberg citan a Goldring a la hora de describir experiencias de “nuevos subsistemas económicos migratorios, con sus agentes y sus propias dinámicas en torno a estructuras productivas; [que permiten] la creación de nuevas oportunidades y fuentes de trabajo en el marco de un desarrollo micro-empresarial no necesariamente ligado a la realidad migratoria” (2007: 14).

Las inversiones del proyecto migratorio apuntan a la familia, a la dimensión privada, porque el proyecto es una estrategia o respuesta productiva para conducir el propio ciclo vital. Sin embargo y sin desconocer esa direccionalidad obvia de las búsquedas migratorias, tampoco puede desconocerse que — en ciertas regiones y dadas ciertas condiciones— las inversiones familiares derivadas de la experiencia migratoria desencadenan efectos comunitarios (generación de fuentes de trabajo, esperanza de cadenas productivas, etc.). Entendiendo al trabajo en el exterior en el centro de la actividad económica de muchas familias del Valle Alto de Cochabamba y otras regiones del país, parece ser más comprensible que el análisis de esas dinámicas migratorias bolivianas alcance a la reflexión sobre el desarrollo local. Así pues, conocer esas líneas de trazo que modelan la forma de migrar que veníamos describiendo puede ser hoy útil para seguir encontrando caminos y sendas (de comprensión, de política pública, etc.) hacia un apoyo a las familias migrantes y sus comunidades.

No debemos dejar de hacer visible lo invisible en las prácticas de los nuestros que una vez más darían a Tarrus motivos para justificar, desde una interpretación libre, su concepto de “economía subterránea”. En ese afán, y ya que evocamos la vigencia o la crisis de modelos analíticos, podemos recordar a los antropólogos Ramiro Condarco y John Murra, cuyos escritos coinciden en la perplejidad ante la permanencia de las modalidades de ocupación discontinua del espacio por parte de las etnias andinas. Releer en sus obras aquellas residencias paralelas en tierras altas y bajas que protagonizaban los viajeros lacustres e intentar luego entender los sucesos actuales desde una fuente tan lejana quizá no pasa de ser un gesto poético en busca de ideales en lugar de explicaciones reales. Sin embargo, y más allá de los límites de aplicación del modelo, algunos de los elementos que obsesionaron a Murra tanto como a Condarco y a sus respectivos críticos, han sido la *resistencia* y la *adaptación* gracias a las que los originarios del espacio andino lograron la ocupación de regiones distantes, en más de un caso, pese a la presión colonial y republicana (Pease, 1975).

Como hemos señalado en otras ocasiones, algunas coincidencias no deberían ser descartadas. Las y los migrantes bolivianos de hoy han extendiendo la dinámica de sus idas y venidas hacia un nuevo escenario, que podría ser el de un archipiélago de pisos ecológicos transnacionales en tiempos de globalización o, siempre según Tarrus, de “mundialización por abajo”. Los desplazamientos en función a un centro más o menos permanente continúan, y quizá también continúa y continuará la necesidad del retorno multifacético hacia la tierra de origen. Sin intención de apología a ninguna lógica de la práctica, podría encontrarse un contrapunto entre lo que evidenciaron Condarco y Murra, por un lado, y lo que propone Bauman en la cita que iniciaba a manera de epígrafe este texto: A lo largo del siglo XIX, y aún durante las postrimerías del XX, podían encontrarse regiones altiplánicas en las que comunidades continuaban ejerciendo la práctica del “doble domicilio”, organizándose para defenderla, con mayor o menor éxito cuando ésta se viera amenazada (Condarco y Murra, 1987).

2. Amenazas al retorno cíclico en las dinámicas de movilidad Bolivia-España

Aun en el Valle Alto de Cochabamba —la región identificada como más próxima a integrar un circuito en el que se desarrollan proyectos de migración siempre tendientes al retorno—, un estudio reciente nos ha permitido advertir e incluso medir un cuadro de crisis para el mencionado modelo. El estudio fue conducido por Richard Jones, quien antes había demostrado una situación similar desde la perspectiva de la pérdida de vigencia del “transnacionalismo activo” en municipios rurales del Valle de Zacatecas, México (1984, 1997). Viniendo de esos hallazgos, Jones se preguntó si la “tradición del retorno” de los municipios rurales y urbanos del Valle Alto de Cochabamba podría sortear las mayores dificultades que traen consigo los actuales viajes a los Estados Unidos o España, en comparación con aquellos viajes a la Argentina. En primera instancia, demostró que algunos factores concretos determinaban que para la mayoría de las familias migrantes del Valle Alto el transnacionalismo inicialmente activo (incluso más gravitante en la economía familiar y comunitaria que en el caso mexicano) tendiera a decrecer, haciéndose menos frecuentes los retornos y más discutible la fortaleza de los vínculos con el lugar de origen (Jones y de la Torre, 2008).

Al explorar la sostenibilidad del transnacionalismo en la región, Jones nos pide que superemos la simpleza de determinar que el “anclaje” de las familias a su región disminuye mientras más sean los años de residencia en el exterior. Aunque esta hipótesis pueda hacerse válida a largo plazo, en realidad lo que sucede en los períodos siguientes al viaje es más complejo. Lo primero que se vive y registra es un breve período de adaptación del migrante a su nuevo entorno, que en muchos casos involucra el pago de deudas de viaje y su comprensible efecto en la imposibilidad de enviar remesas a casa. Luego se registra un ascenso y un paulatino fortalecimiento de los vínculos transnacionales, incluyendo el arribo de las llamadas “remesas sociales”⁸. A este período y, sobre todo, gracias al efecto directo de ciertos factores determinantes específicos, llega el período de descenso de las remesas económicas, aunque no del mismo modo el de las remesas sociales. En este trance, como explica Jones, “la intención de retorno a Bolivia” cae de un 92% a un 67%, comparando a migrantes de familias que inician y familias que ya han superado un promedio de diez años de vida transnacional activa (Id, 2008).

¿Cuáles son esos factores determinantes específicos que intervienen a lo largo del tiempo para quitar fortaleza a la vida transnacional y disminuir las intenciones de retorno? Según el investigador —en función a resultados de un cuestionario aplicado a más de 400 familias y un número significativo de entrevistas en profundidad—, esos factores influyentes son la obtención de “papeles” que regularicen la situación migratoria, el hecho de llevar hacia el exterior al resto de la familia nuclear que permanecía en Bolivia y la compra de una casa en el país de destino. Para el caso de los bolivianos residentes en España profundizaremos más adelante el análisis de éstos y otros factores influyentes en el descenso del transnacionalismo y la intención de retorno a Bolivia. La hipótesis no ha dado muestras de ser definitiva hacia el futuro; aunque el momento que ahora viven las familias del Valle Alto hace posible que ésta se imponga.

Quizá también termine imponiéndose la otra hipótesis, la arcana tradición de migración y retorno que hemos venido describiendo, aunque la evidencia actual disminuiría el entusiasmo de esta vieja lectura. El propio Jones no negó esta posibilidad al referir, entre todas las estudiadas, un grupo específico de familias ahora reunidas en Bolivia que en más de una ocasión tuvieron a uno de sus miembros viendo fuera del país. Entre estos actores, que llama retornados pero también migrantes inactivos —*dormants* en el original en inglés—, identificó prácticas de inversión y otras que demostraban cierta permanencia de una gestión familiar del hecho migratorio tendiente al re-establecimiento de una vida más cómoda y digna en Bolivia. Entre estos migrantes retornados no se deja de contemplar una nueva salida migratoria como una oportunidad funcional al mismo objetivo.

El cuadro se hace más crítico si empezamos a hablar de las bolivianas y los bolivianos hoy radicados en España, y aún más en el consabido contexto de crisis económica que atraviesa este país. En un lapso no mayor al de los diez años, el frente migratorio boliviano en España ha igualado o superado a los frentes migratorios en Brasil y Estados Unidos para convertirse en el segundo destino boliviano después de la Argentina. Los *originarios* del Valle Alto de Cochabamba también participan en este nuevo capítulo de nuestra historia de movilidad, aunque el mismo se expande para apelar a migrantes de otras regiones del país y, por primera vez de manera protagónica, a representantes de Santa Cruz y otras regiones del llamo cuyos habitantes no fueron tradicionalmente emigrantes en el concierto internacional. Distintos panoramas estadísticos perfilaban la cantidad de bolivianos radicados en España entre 250 mil (Hinojosa, 2008) y 350 mil (ACOBEB, 2006). Como sabemos, las cifras pueden haberse ampliado en el pico migratorio previo a la imposición del Visado Schengen para el ingreso de ciudadanos bolivianos en España (abril de 2007) y pueden haber disminuido, como se discutirá en breve, tras el “especulado retorno” por la crisis del sector de la construcción en España que alcanzó una etapa crítica en 2008 (Roncken y de la Torre, 2009:2).

Más allá de las cifras, el registro (de revisión histórica e interrogación desde la etnografía) en el que se inscribe este texto nos impulsa a entender que la rapidez y magnitud de este éxodo

⁸ Entendidas como “las estructuras normativas (ideas, valores y creencias), los sistemas de prácticas y el capital social que fluyen de las familias residentes en la sociedad anfitriona hacia su sociedad de origen” (Levitt, 2001: 54).

(...) se explica por las trayectorias y experiencias migratorias anteriores asentadas en redes familiares y sociales que a inicios del presente siglo se vuelcan con intensidad hacia España como resultado de múltiples factores, tanto externos (nuevos mercados laborales en la Unión Europea, crisis argentina, [efectos del] atentado a las Torres Gemelas) como internos (crisis económica, inestabilidad política) (Hinojosa en Novick, 2008:11).

Al poco tiempo de establecerse y consolidarse en España el nuevo frente de migración boliviana, se complica el cuadro perfilado por estos factores que Hinojosa apunta y que, desde nuestra lectura, podemos identificar como ajenos al proyecto migratorio de nuestras familias. La complicación corresponde, naturalmente, a la crisis económica española que se manifiesta en un índice de desempleo o *paro* que en el lapso de tres años habría pasado del 8% a promedios oscilantes en torno al 20% de la fuerza laboral española (*El nuevo día*, 31/1/2011) y en la caída del sector inmobiliario, con su indisimulable efecto de reducción en la generación de fuentes de trabajo, sobre todo para varones arriados al área de la construcción.

También para el caso de la migración boliviana, el tema del retorno desplaza entonces a la preocupación por el aprovechamiento productivo de las remesas y —como habíamos indicado— se presenta como una urgencia tanto para algunos migrantes en situación vulnerable (sin trabajo, sin papeles, etc.) como para entidades receptoras como el Gobierno Local de Madrid, el Gobierno Español y la Unión Europea. Al margen de la Directiva de Retorno como la propuesta más radical al respecto, podemos identificar ofertas previas y simultáneas como las del plan de retorno voluntario basado en el pago de seguro de desempleo planteado por el Gobierno Español para asistir a quienes podrían haber sufrido la recesión generando a su vez más presión sobre los desempleados no-emigrantes. El plan se inscribía en la línea de un programa anterior de asistencia al retorno voluntario que, con la intermediación de organizaciones no gubernamentales, gestionaba el pasaje aéreo de vuelta para migrantes indocumentados y sin recursos. En su nueva versión, la propuesta avanzaba para ofrecer un beneficio más a los extranjeros que se adscribieran: el pago del seguro de desempleo como un derecho que reconoce la Seguridad Social española, y una condición irrenunciable: la firma de un documento en el que se asegurase que el migrante renunciaba a volver a ingresar a España en el lapso de tres años. El pago del seguro de desempleo se haría en un creativo contexto de retorno, dado que parte se pagaría en España para gestionar los consabidos boletos de vuelta y parte en el país de origen (ahora destino) para el emprendimiento de una actividad productiva, con la inclusión de elementos como un “plan de negocios” y de actores como la banca española que gestionaría los desembolsos en los países que firmaran dicho convenio.

Bolivia fue uno de los pocos países de presencia migratoria masiva en España que no firmó dicha propuesta, así como en el pasado se resistió a firmar convenios bilaterales en temática migratoria con España, como lo hicieron Marruecos y Ecuador, entre otros⁹. Finalmente el Plan fracasó, tal cual lo reconocieron autoridades españolas. Según el Instituto Nacional de Estadística de ese país, en estos sus primeros dos años el Plan había logrado seducir a no más de 6.000 migrantes cuando esperaba alcanzar la cifra de 100 mil (Id., 31/1/2011).

La reflexión de estos temas nos obliga a volver al nuestro, al del retorno cíclico y la defensa del control del propio proyecto migratorio que parecería presentarse como un valor guía, declarado o no, entre las familias bolivianas que circulan lejos de sus comunidades de origen. Según Sebastián Salinas Maldonado, abogado que había participado en el masivo proceso de regularización migratoria de 2005 atendiendo decenas de casos por día, el protagonismo de la eventual decisión de retorno sigue perteneciendo al proyecto migratorio como plan de gestión que resiste o se acomoda a los factores

⁹ Pese a este contexto, Bolivia sí se adscribió al llamado Convenio Multilateral Iberoamericano de Seguridad Social con una ratificación firmada por la Asamblea Plurinacional (el Parlamento) al finalizar la gestión 2010. Dicho Convenio, cuya reglamentación espera las disposiciones de la Nueva Ley de Pensiones boliviana, permitirá a los ciudadanos de este país que hubieran hecho aportes de seguridad social en España continuar aportando sobre esa misma base hasta el momento de recibir los beneficios de su jubilación, ya sea que se encuentren en Bolivia, en España o en cualquiera de los países que ratificaron el convenio.

ajenos¹⁰. La importancia de señalar que el proyecto migratorio es el que se negocia en conocimiento de los factores ajenos radica en comprender el poder de la decisión individual (muchas veces referida a la agencia del dominio de competencias y redes colectivas) como principal responsable del cierre, definitivo o momentáneo, de un ciclo migratorio. “El proyecto existe antes que las condicionantes; luego de ellas permanece o se enfrenta a la necesidad de modificaciones” (Roncken y de la Torre, 2009: 6).

La fragilidad del proyecto parece ser relativa a la fortaleza de circunstancias externas a él y a la posibilidad o imposibilidad de encontrar maneras para franquearlas. El retorno, ésa opción natural para terminar el ciclo de un viaje, se vive como un dilema una vez que la residencia en el exterior se ha prolongado y complejizado por muchos factores. Cuando muchos bolivianos que radican en España piensan en ese día, casi nunca pueden asegurar su desenlace. “Cada uno lo imagina con la misma ilusión y creatividad con la que se construye un relato de final feliz; y no todos se atreven a analizar cuán cerca o lejos están de alcanzarlo” (Id, 2009: 5).

Ahora, después de la teoría y atendiendo a las noticias del telediario, ya no corresponde describir a la boliviana tradición (o tendencia) de retorno en desempeño frente a los factores ajenos que se le atraviesan hoy en España. En la línea de análisis que junto a Theo Roncken propusimos en el estudio citado a lo largo de estas páginas, pueden priorizarse tres factores que complican a los proyectos migratorios bolivianos en el caso concreto de su ciclo español; a saber: i) la existencia y estabilidad de una fuente laboral, ii) la posesión o falta de papeles de residencia regularizada y iii) la situación de reagrupación o separación familiar. En *Buscando la vida: Familias bolivianas transnacionales en España*, Alfonso Hinojosa coincide en analizar estos tres factores, aunque no de una manera explícita, cuando interpreta las sentidas entrevistas de un grupo de bolivianas y bolivianos entrevistado en España. Centrando su mirada en una muestra de 43 entrevistados en profundidad, un reciente estudio de ACOBE coordinado por Carolina Céspedes Mendieta, encontró incluso proporciones estadísticas para el retorno que se centraron precisamente en esos tres factores-motivo; a saber: 50 % de los entrevistados que vivía en España decidió retornar por una situación laboral de desempleo; 16%, por su situación de irregularidad y 34% por situaciones familiares (2011: 53). A continuación, observaremos cómo estos tres factores, por lo general de una manera entrelazada, generan buena parte de los problemas posibles sobre control de la decisión de retorno para las familias bolivianas radicadas en la península.

i) La existencia y estabilidad de una fuente laboral

Un dato frecuente en los estudios sobre los movimientos migratorios bolivianos más recientes es el que señala que la mayoría de las bolivianas y los bolivianos tenía un puesto de trabajo antes de migrar. En el caso de la población boliviana hoy radicada en España, la situación parece ser similar puesto que el porcentaje de migrantes que trabajaban hasta el momento de viajar alcanza al 75,4%, según un estudio de ACOBE-AMIBE (2006), y al 76%” de acuerdo a una encuesta de la Universidad Privada Boliviana (Roncken y de la Torre, 2009). En la dimensión laboral la motivación migratoria no ha consistido, en la mayoría de los casos, en encontrar un trabajo, sino en abandonar los círculos de la precariedad y la flexibilidad dentro de los cuales se ofrecían buena parte de los trabajos a los que sí se podía acceder en Bolivia. Tomando datos de variados informes, el proyecto Country of Return Information, CRI, informaba que, en 2007, sólo cuatro de cada diez trabajadores tenían un empleo formal (2009). En muchos casos, los sueldos que se podía lograr con esos trabajos no alcanzaban para cubrir los costos de vida de una familia nuclear en las principales ciudades bolivianas.

Aún estableciendo que la mayoría de los bolivianos que pronto serían migrantes a España apenas contaba con un empleo de subsistencia, falta saber si dicho empleo correspondía al trabajo asalariado precario o a la explotación de recursos y medios propios (el trabajo con la tierra, etc.). En este último caso, como veremos más adelante, podríamos pensar en condiciones propicias para ser re-dinamizadas

¹⁰ Sebastián Salinas Maldonado (Madrid, 7/9/09)

con la modesta inversión que permitiría sumar el proyecto migratorio. Por el momento, y no en el terreno de lo potencial sino en el de lo real, la precariedad ha venido reinando como norma.

Más allá de ese dato conocido, lo grave está en advertir que esa precariedad —antítesis de la ansiada estabilidad— permanece como compañera para esa mayoría de trabajadores migrantes bolivianos aun cuando finalmente logran conseguir trabajo en España. Entre los grupos más vulnerados por esta precariedad debemos mencionar al de las mujeres bolivianas que trabajan en condición de internas y de servicios por horas en el ámbito doméstico y los varones que trabajan como eventuales en el área de la construcción, ambos grupos por lo general lejos la regularización migratoria. Según testimonios cercanos a la colectividad boliviana, en España, si antes de 2007 era frecuente ver llegar a gente que encontraba trabajo al día siguiente, después de ese año crítico los escasos puestos de trabajo vacantes, sobre todo para los varones, no pudieron recibir a un contingente boliviano que se amplió y precarizó para rechazar a los que “(a veces) llegaban sin un solo número de teléfono”¹¹

Según el Fondo Monetario Internacional (FMI), también en España los trabajadores temporales sufrieron una pérdida de puestos de trabajo mayor a la caída del empleo en general (20% frente a 7%). De acuerdo a la misma fuente, citada por el diario *El Nuevo Día*, los eventuales ocupan el 31,9% del total de los empleos españoles (31/1/2011). ACOBE indica que, antes de ejecutar su retorno, el 60% de su muestra llegaba a ganar en España entre 700 y 900 Euros; el 14%, entre 1.000 y 1.200 Euros y sólo el 5%, más de 1.300 Euros (2011: 39). Por otro lado, un informe de la CAN (2009) señala que la crisis española del sector de la construcción impactó a la colectividad boliviana en menor grado que a las colectividades colombianas y ecuatorianas, quizá por una menor inserción relativa en el sector, quizá “porque las redes sociales y las competencias migratorias de apoyo familiar ampliado son gravitantes en la explicación de esta reducción del impacto negativo de la crisis” (Roncken y de la Torre, 2009: 8).

Por supuesto, la hipótesis ratificada indica que la pérdida de la fuente de trabajo que daba sentido a una migración laboral es el principal estímulo para considerar la opción de retorno a Bolivia o para considerar un futuro ciclo de viaje hacia otro destino. Nada es tan simple para responder solamente a una causa directa, pero sin duda que la estabilidad laboral es el primero entre los elementos a los que se adapta el desarrollo o la continúa construcción del proyecto migratorio. Alfonso Hinojosa nos recuerda que para las familias bolivianas radicadas en la Argentina, a la idea del retorno definitivo “se accede sólo cuando el mercado laboral ya no demanda el trabajo del migrante, cuando ya no se está en edad productiva o porque la economía local o sectores de ella están en crisis” (2009: 60).

Richard, establecido como mecánico en Girona, Cataluña, es originario de Vinto, Cochabamba. En Bolivia estudió mecánica y tenía instalada una chichería que, tras divorciarse, “dejó funcionando” en manos de su ex esposa. También había acumulado experiencia en la realización de viajes vinculados a la importación de partes y hasta de camiones enteros, a Chile y a Suecia; además de haber montado una tienda de lubricantes con buena clientela. Con todo, y sin avisar nada a sus trabajadores, partió un fin de semana a España en busca de una mejor opción. En Barcelona trabajó como “aparcador” de coches; pero rápidamente consiguió un puesto como mecánico. El jefe que manejaba ese taller cierra ahora el negocio y Richard lo compra. Está feliz porque podrá conservar la clientela que ya lo conoce. Junto al trámite de volverse empresario autónomo, Richard recién ha sentido necesidad de agilizar también el de su residencia legal en España¹². En la historia de este mecánico, los hechos demuestran que la regularización no le ha parecido tan importante como la oportunidad de generarse estabilidad laboral. “No, yo estoy bien; ahora no pienso volver a Bolivia”, cuenta este emprendedor, que más tarde explica que no podría haber hecho nada de lo que hizo si hubiera estado pensando todo el tiempo en regresar. Más tarde confiesa que también tiene planes para el eventual retorno, planes vinculados a más negocios. “Si volviese, haría un car-wash”, aventura, mientras sostiene que tener dinero no es todo, “necesitas un poquito de organización e ideas más creativas”¹³. Comenta el caso de su hermana y su cuñado, que hace

¹¹ Sebastián Salinas Maldonado (Madrid, 7/9/09).

¹² Richard (Barcelona, 3/8/09)

¹³ Id.

poco regresaron de España a Bolivia con el afán de dedicarse a la compra-venta de vehículos. Después de un cambio de planes (“se arrepintieron de haber vuelto”), el matrimonio tardó más de un año en echar a andar un micro-emprendimiento: una destiladora de agua que se vende en botellones.

Acordando la fuerte relación directamente proporcional que parece existir entre el contar con buen trabajo y la permanencia en España, podríamos pensar que una buena opción laboral también llamaría a retornar a Bolivia. Como veremos, esta abstracción nunca deja de funcionar pero lo que sucede en la realidad, considerando el estado de desarrollo del mercado laboral boliviano, complica la simpleza de esa figura. Mientras Richard se genera seguridad en aquel taller de Girona, una informante anónima de 50 años, originaria de Tarija que trabaja en cuidados familiares en la zona de San Cugat del Vallès, nos devela otro matiz de la relación entre fuente de trabajo y retorno al contarnos que, después de haber hecho años de aporte a la seguridad social, lo que espera para volver es aquel convenio que le permita recuperarlos, para poder apoyarse en ese ingreso, mes a mes, en Bolivia. Su hijo permanece en Tarija, donde ha salido bachiller; ahora ella quiere enviarle una *laptop* para sus estudios¹⁴. Muchos quieren “aguantar al menos 15 años más” para recién entonces volver con la jubilación y tener una buena vida en Bolivia¹⁵. Otros también piensan en las oportunidades de la jubilación aventurándose a esperar a un momento en que la seguridad social sólo les obligue a “cotizar” seis meses al año; “así podríamos venir a Bolivia y luego volver a trabajar a España para no perder su jubilación”¹⁶.

ii) La regularización migratoria

Al narrarnos la situación de muchos bolivianos que llegaron a España entre 2007 y la primavera de 2008 para encontrarse en la imposibilidad de dar con el esperado puesto de trabajo, Sebastián Salinas Maldonado recuerda a un grupo de migrantes bolivianos viviendo directamente en la calle. Algo claro marcaba a ese grupo aun en un momento tan frágil: “el retorno era lo último que se planteaban; el retorno siempre es lo último que te queda”¹⁷. El retorno, en todo caso, no parece ser la primera estrategia de los migrantes más vulnerables. Si bien podríamos considerar que ellos están obligados a volver por encontrarse en una situación inviable para la subsistencia por la falta de trabajo o la imposibilidad de salir a buscarlo por el temor a ser aprehendidos sin documentos, también debemos advertir que, por lo general, ellos acaban de llegar, y tienen la tracción de su proyecto migratorio jalando para adelante.

Entre aquellos rasgos relativos a los migrantes vulnerables, existe uno que prácticamente define al grupo: aquellos que no cuentan con permiso de residencia son, como sabemos, conocidos como “los sin papeles”. La definición de este grupo se institucionaliza en prácticas que se ejercen principalmente desde fuera de él, tanto en la contratación con menor paga que la que se ofrece a los migrantes regularizados, como en la imposibilidad de trabajar y aportar a la seguridad social¹⁸ o, por último, en el acecho policial hace ya un par de años protagonizado por las redadas y su posible final en un centro de internación para migrantes irregulares (fuente). Estas prácticas exteriores al grupo redondean su definición, más de una vez empaquetándola con ribetes de discurso público como los expuestos hace poco por Alberto Fernández Díaz, presidente municipal del Partido Popular (PP) de Barcelona, quien en Salt (Girona) —municipio con un 41% de inmigración— declaró que los “sin papeles” debían recibir certificados de convivencia por

¹⁴ Informante anónima (Barcelona, 2/08/09).

¹⁵ Wilson (Madrid, 16/7/09).

¹⁶ Matrimonio Anónimo (Barcelona, 31/7/09).

¹⁷ (Madrid, 7/9/09).

¹⁸ De acuerdo a datos oficiales, alrededor del 40% de la población boliviana en España se halla afiliada al Seguro Social. Este dato representa la mayor discrepancia relativa entre ocupados y afiliados al Seguro Social entre todos los principales colectivos extranjeros en España (Eli/Fuente). La situación se prevé compleja también para quienes cotizan a la seguridad puesto que, así como sucede para la población española en paro, el subsidio al desempleo no llega a durar más de dos años y muchos de los empleos se perdieron aproximadamente hace dos años, en el peor momento de la crisis (*El Nuevo día*, 31/1/2011).

parte de los ayuntamientos antes de renovar permisos de residencia y de trabajo (*El Nuevo día*, 31/1/2011).

Pero más allá de esas prácticas exteriores, una práctica o la imposibilidad de la misma, define al grupo de los indocumentados bolivianos desde adentro, es decir, desde la dimensión en las que se toman las decisiones del proyecto migratorio. Esa práctica negada es precisamente la posibilidad de viajar entre España y Bolivia con libertad, es decir con cuantas idas y venidas se quiera. La imposibilidad de convertirse en entrantes y salientes obliga otro tipo de permanencia migratoria, de final indefinido y de larga espera hasta que los documentos permitan recuperar el control de lo que antes era un derecho.

[..] El poder de quien cuenta con estos documentos o, de quien “tiene papeles”, es el de ejercer un modo de vida beneficiado por ventajas ansiadas, entre las que podemos citar la ampliación de los derechos ciudadanos en el país de acogida (...) y, sobre todo, la posibilidad de una movilidad continua entre ese país y el propio, representado por el pueblo de origen (de la Torre y Alfaro, 2007:26).

Como pudimos ver en Arbieta, la posibilidad de movilidad continua entre Bolivia y los Estados Unidos define al grupo de los llamados “residentes”. Los residentes cuentan que, ni bien conquistaron el status de permanencia legal en el norte, lo primero que hicieron fue comprar un boleto aéreo para venir a casa, a la que está en Bolivia, antes que nada para pasar unos buenos días y curar tanta nostalgia para, luego, decidir volver a la casa, la otra, la de allá, a seguir generando las condiciones para un momento en el que se decida o sea posible decidir dónde quedarse (de la Torre y Alfaro, 2007).

Más allá del resultado final de “tantas idas y venidas”, y más allá de la jerga propia a las definiciones jurídicas norteamericanas, puede observarse que el ser “residente” es, en realidad, ejercer una forma de vida en el extranjero. En el frente establecido de la migración boliviana en los Estados Unidos ya no se puede eludir el debate sobre la vigencia de la forma vida de entrar y salir que hemos venido describiendo, frente a una posibilidad de permanencia prolongada o definitiva en ese país, mucho más clara en las opciones de la segunda generación. Volviendo nuestra mirada al caso de los bolivianos en España, afincados hace aproximadamente 10 años, puede ser útil entender que la falta de documentos genera un obvio freno a la posibilidad de ejercer la lógica de la práctica del retorno cíclico hasta el momento en que la obtención de documentos vuelve a habilitar ese ejercicio. Queda saber si en España, como sucede en otros destinos más familiares para la tradición migratoria boliviana, otras prácticas de arraigo a la sociedad de destino terminarán por complicar el repertorio de acciones y posibilidades que requieren los proyectos para terminar en el retorno.

iii) Las decisiones de la unidad familiar

De acuerdo a datos oficiales en España, a la fecha, viven 227.145 nacionales bolivianos. En una década, esa cifra —o cualquiera que sea la cantidad real de bolivianos en la península— no sólo se construyó por la agregación de migrantes laborales, mujeres y varones, sino que la misma fue tomando cuerpo con un intrincado proceso de re-agrupación familiar. Pocos años después, cuando el ciclo migratorio de muchos de estos migrantes llega a un período de estabilización, la reagrupación familiar se presenta como un tercer condicionante para el plan de retorno de estos actores sociales. No debe parecernos extraño que el asunto familiar grave en la decisión de retorno, dado que la familia es el motivo de fondo, el que casi siempre explica la necesidad de la aventura migratoria completa. Así como lazos familiares fuertes apoyarían decisivamente no sólo la llegada, sino también la instalación y hasta la consolidación de un proyecto migratorio; también estos lazos —a los que Hinojosa llama “el núcleo duro” del hecho migratorio (en Novick, 2008)— suelen ser decisivos en la elección entre el retorno y el afincamiento definitivo en España.

Es particular la manera en la que la cohesión familiar participa en la organización de un proyecto migratorio favorable, o al menos respaldado, y acompaña en ese proceso de planificación hasta la misma decisión de eventual retorno. Esa cohesión fue cabalmente señalada por Genevieve Cortes como uno de los factores más influyentes en el éxito de algunas familias arbietañas radicadas en Argentina y los

Estados Unidos, junto a otros requisitos pre-migratorios como “(...) las importantes superficies de tierra (con las que se contaba antes de partir), el sentido de innovación y la resistencia física y psicológica” (2004a: 256). Las familias cohesionadas amortiguan los costos y daños de la separación recordando día a día la existencia de un proyecto cuyas metas dan sentido al dolor y lo significan como algo soportable. Las familias cohesionadas del valle, por lo general sostenidas en una estructura ampliada que las convierte en auténticas empresas migratorias logran, como señaló Hinojosa, equilibrio de poder en la diada conyugal así como en el resto de las relaciones de la familia, en continua adaptación al cambio que exige la separación (en Novick, 2008).

Un momento en el que esa cohesión deja de regir sólo a través de flujos comunicacionales abstractos en los llamados circuitos transnacionales y se traduce en una decisión material y tangible es el de la re-agrupación familiar. Sin tomar en cuenta las decisiones de los migrantes solteros, cuyas decisiones de abrir un espacio para hermanos u otros parientes una vez que se ha consolidado una posición más estable en España también pueden entenderse como re-agrupaciones familiares, podemos ahora centrar nuestra mirada en las familias nucleares con madre o padre residente en España, quien, después de un tiempo decide traer a su cónyuge y a sus hijos desde Bolivia. Según indicaban en 2009 los funcionarios del Consulado Boliviano en Barcelona, las solicitudes de información sobre trámites vinculados al retorno eran mínimas en comparación a la gran cantidad de trámites relativos a la re-agrupación familiar que se completaba con frecuencia semanal (Roncken y de la Torre, 2009).

El estudio de Jones (2008) postula que una vez consolidada la re-agrupación, disminuye la frecuencia de contacto de cualquier familia que podía preciarse de su “transnacionalismo activo”. El envío de remesas sostenidas, la llamada telefónica a casa o el frecuente viaje al lugar de origen, en el caso de los migrantes beneficiados con la documentación necesaria, son prácticas que se discontinúan cuando la familia del o la migrante se ha reunido junto a él o ella en el país de destino. Frente a éstas y otras prácticas discontinuadas, otras tantas se potencian por decisiones importantes, como ser: la contracción de una deuda bancaria para adquirir una casa propia en el país de acogida o la incesante respuesta a la demanda de educación y otros consumos varios que, más temprano que tarde, conducirán a los hijos a una necesaria adaptación a su nueva vida. Al o la migrante cuya familia se ha re-agrupado en España, unificada y hasta fortalecida tras el distanciamiento físico temporal superado, se le hace difícil reconsiderar individualmente la opción del viaje de retorno, o de iniciar cualquier nuevo ciclo migratorio.

Refuerza esta reflexión una observación que, a su manera, han hecho Grimson e Hinojosa entre informantes de la colectividad boliviana en Argentina. El retorno es, por lo general, explicado como un mito al que muchos residentes en la Argentina acuden cuando elucubran sobre su propio futuro. Más de una vez, se argumenta que el retorno está a punto de darse, dentro de un año o dos; pero las mismas personas son entrevistadas luego de ese término y siguen viviendo en Argentina, asegurando que su retorno es cosa de un año o dos años más (Hinojosa, 2009). Muchos de estos entrevistados ya han conquistado los documentos, por lo tanto están en condiciones de ir y volver a su lugar de origen en Bolivia de tiempo en tiempo; pero de los otros dos principales condicionantes para el retorno no se han podido librar. El trabajo sigue siendo más seguro en Argentina y la familia, ya enraizada en ese país, imposibilita la idea de ser trasplantada de vuelta en Bolivia. Aun cuando se trata de migrantes que ya han superado su etapa laboral, cobrando incluso cuotas mensuales de pensión que permitirían una vida respaldada en Bolivia, muchos de estos experimentados residentes son demandados ya no sólo por el cariño y la necesidad de apoyar a sus hijos radicados en Argentina, sino también a sus nietos. Para quienes llegan a esa etapa, es la mediación familiar la que determina una imposibilidad al retorno. De esta forma, aquella cohesión familiar a la que hacíamos referencia, materializada años después en una familia unida fuera de Bolivia, parecería imposibilitar la continuidad de cualquier modelo basado en el retorno cíclico; aunque quizá la desactivación de tal modelo no se logre de una manera tan sencilla.

En contextos como los de la España de hoy, la cuestión familiar también lleva al entredicho a la vigencia del modelo. Los argumentos de este entredicho son más complejos (y abiertos a la especulación) que lo que sucede con los otros dos condicionantes al retorno que hemos identificado: el del trabajo (cuenta o no cuenta con trabajo seguro, espera jubilación, etc.) y el de los documentos (los tiene o no los tiene). La primera complicación al modelo de los retornos cíclicos ocasionada desde la dimensión familiar

se basa en el argumento de que el modelo era aplicable a una migración que solía ejecutarse individualmente, sin movilizar al núcleo completo; aunque tampoco entonces debe dejarse de ver que —de acuerdo a innumerables estudios— la migración siempre se ha vivido en familia, con mayores o menores muestras de cohesión a distancia.

Un segundo entredicho a la tradición del retorno que podría situarse analíticamente en la vivencia privada del hecho migratorio se debe a las diferencias de género y de estado civil, o la carencia de dependientes directos. Un lugar común en la literatura señala que la vivencia femenina del hecho migratorio sería más centrada en la responsabilidad familiar que la masculina. También pueden analizarse aspectos más complejos vinculados a la realización personal que podrían presentar una decisión femenina más reacia al retorno que las masculina, en función a libertades conquistadas por la mujer fuera de casa (Jones y de la Torre, 2008). En su estudio comparativo de los retornos bolivianos ocasionados por las crisis argentina y española, Tanja Bastia argumenta que el retorno evidentemente se ha estructurado por diferencias de género. Citando diversas fuentes, la autora explica que la crisis española obligó un retorno boliviano más masculino que femenino, así como inicia el desarrollo de la hipótesis de que lo opuesto se habría dado tras el estallido de la crisis argentina, pues entonces las mujeres habrían superado a los hombres en el porcentaje de retorno (Bastia, 2011).

Un tercer argumento de conflicto vinculado a lo familiar indica que el envío de remesas (que empezó en cero, mientras el migrante cubría sus deudas de viaje y se instalaba en el lugar de acogida y que creció luego hasta llegar a una meseta estable en los años del transnacionalismo activo) se pierde por completo cuando los gastos se dirigen a una familia re-unificada en el lugar de destino. Así, se desvanecería el proyecto implícito de transferencia de excedentes a casa, con vistas a la inversión en el lugar de origen y se dirige el capital de ahorro, por ejemplo, a la compra de una casa en el exterior. En este caso, el hecho de adquirir una casa a ser pagada mes a mes y durante años a un banco, es identificada como un “poderoso inhibidor al retorno” (de hecho menos que 2/5 de las familias del Valle Alto entrevistadas por Richard Jones (2008), que ya se habían hecho de una casa en el exterior pensaban en el retorno próximo, frente a 9/10 que sí pensaban en el retorno entre los que todavía no habían adquirido la deuda de una casa). Ante aparentemente una única forma de interpretar estos datos: compra de casa en el exterior igual a drástica disminución en la intención de retorno; también puede verse otro dato surgido entre los propios informantes del Valle Alto que indican que la casa en Estados Unidos es una compra más o menos obligatoria para quien radica allá algunos años y no quiere ya pagar altas rentas, pero sin olvidar que siempre permanece la opción de volver a vender esa casa más adelante, incluso para comprar otras casas o iniciar emprendimientos en Bolivia. En fin, como puede verse, las lecturas no son unidireccionales en cuanto a la forma en la que el asunto familiar media en la decisión de retorno.

Antes de despedir este segmento con la idea de que la familia complica el proyecto migratorio familiar solamente porque lo detiene; podemos ver lo que sucede en la otra dirección, es decir, cuando un asunto familiar obliga el súbito retorno a Bolivia. Muchos de los retornados del que pronto llamaremos el grupo más vulnerable —el tercero en nuestro esquema gráfico—, ya habían alcanzado estabilidad laboral e incluso regularización en España, pero regresaron por la enfermedad de un padre, la noticia de problemas en la vida de sus hijos u otros motivos que requirieron su presencia. Doña Sara, una de las migrantes de referencia cuya decisión de retorno conocimos en el primer sub-título de este texto, comentó que “tuvo que regresar” porque su hija adolescente ya no podía convivir sin conflicto con su abuela, cuya salud se deterioraba. “¿Por qué se ha vuelto el 2009?”, le preguntamos. “Mire, por mi hija”, nos respondió, para continuar: “ella es jovencita y mi madre me decía ‘¿cuánto siempre estás ganando?, vente’¹⁹. No es casual que en un lado de la balanza siempre se sitúe a los logros económicos, a la ganancia, de una manera descarnada; mientras que en el otro lado se valore siempre al daño familiar.

Una y otra pulsión, aparentemente irreconciliables en la dirección hacia la que jalan, son algunas veces explicadas como componentes o momentos necesarios para una misma estrategia. “Yo ya me he perdido la niñez de mis hijos, y aun así no me voy a volver [a Bolivia] porque... a ver: ¿para qué hemos venido a este sitio?”, nos preguntó Ricardo, paceño radicado en Barcelona, antes de agregar: “Y además,

¹⁹ Carmen, Cochabamba; migrante de referencia.

allá el país no está para retornar todavía”²⁰. Como eco, se evoca el tema de reconquistar o proteger la vieja libertad de elegir y construir el proyecto propio, aun a pesar de que en la impresión de otros, o del “deber ser” social y moralmente aceptado, una familia no debería separarse ni generarse situaciones de dolor. Aparentemente no deberían haber motivos para ello; pero los hay. Podemos saberlo no sólo por aquel poema de Pessoa, sino por lo escuchado de muchas personas que no dejan de “sentir” y vivir “de veras y completamente” el dolor que, desde afuera, muchos tratamos o “fingimos” entender.

3. Algunos apuntes para la acción: Conclusiones

*[...]A la casa,
a la puerta que da por fin
al regreso
(al comienzo) ha venido,
no ha vuelto.
Eduardo Mitre*

En un afán por entender cómo los tres condicionantes externos profundizados en el apartado anterior gravitan en los posibles planes de retorno de las y los bolivianos hoy residentes en España, presentamos el siguiente esquema analítico, cuya elaboración inicial se organizó para el texto citado a lo largo del presente. Este esquema analítico no debe leerse como una explicación totalitaria o como una distribución estadística del colectivo boliviano en España. Como hemos señalado, lo que se pretende con este esquema es observar que muchos proyectos de retorno coinciden en la forma en que son afectados o marcados por esas tres condicionantes externas, aquí entendidas como ejes.

Figura aquí. (Proponemos redibujarla sencillamente en un programa gráfico)

Nota al pie de la Figura. Fuente: Reformulación de esquema original elaborado por Roncken y de la Torre (FIE-ONG, FUNDACIÓN CREA EMPRESA, BID, 2009, mimeo.).

Del centro hacia la periferia de la figura podemos observar grados decrecientes de estabilidad laboral y de regularización migratoria en España. El status de re-agrupación familiar (que no necesariamente determina una fuerte cohesión) también es más frecuente de observar entre los casos próximos al centro de la figura que entre los de las capas que lo rodean. En ningún caso, el hecho de que un individuo o familia se encuentre en uno u otro sector de este esquema analítico, determina de manera automática que esté más cerca o más lejos de un retorno a Bolivia. Las tres condicionantes del esquema —como ya hemos detallado— podrían presentarse como cadenas de hechos influyentes en la manera en que hoy se piensan (o ya ejecutan) distintos proyectos de retorno España-Bolivia.

El paso del tiempo no es en sí mismo determinante para configurar los grupos del esquema, lo que verdad determina el paso de un grupo al siguiente está marcado por la conquista o pérdida de hitos vinculados a sus tres ejes (trabajo, situación de regularidad y situación familiar). Aun así, puede observarse que a mayor tiempo transcurrido en España, un proyecto migratorio transcurre desde la periferia al centro del esquema. No debe olvidarse la rapidez con la que los proyectos migratorios bolivianos en España han cambiado y hasta se han estabilizado, en diez o menos años.

Nuestro esquema se complementa con el siguiente cuadro que analiza cómo es que las tres variables eje condicionan las posibilidades de retorno de las y los bolivianos de acuerdo al grupo o momento en el que se encuentra su proyecto migratorio. Este cuadro profundiza la noción de “estimulantes” e “inhibidores” diferenciados para los proyectos de cada grupo. Se definen así ciertos perfiles de posibilidad e imposibilidad hacia el retorno:

²⁰ (31/7/2009).

Cuadro: Estimulantes e inhibidores para el retorno por grupo

GRUPO / Condicionante	Trabajo	Regularización (papeles)	Situación familiar²¹
GRUPO 1 <i>Puede contar con ahorros importantes cuya inversión no se dirige a Bolivia principalmente</i>	Estimulante al retorno: Ahorro previsiblemente mayor para una inversión en Bolivia. Inhibidor al retorno: Espera de jubilación española.	Estimulante al retorno: Flexibilidad hacia la doble residencia (en ambos países).	Inhibidor al retorno: Educación y cultura española apropiadas por los hijos. Inhibidor al retorno: Deuda bancaria para una casa propia en España.
GRUPO 2 <i>Concentraría a la mayoría de los bolivianos radicados en España, según fuentes citadas. Las mismas fuentes también señalan un índice de regularización cada vez mayor.</i>	Inhibidor (momentáneo): Mantener una fuente laboral que genera ingresos superiores a los que se estima lograr en Bolivia.	Inhibidor (momentáneo): Imposibilidad de retornar a España una vez que se haya salido de ella sin haber logrado la regularización.	Inhibidor (momentáneo): Responsabilidad hacia dependientes familiares en Bolivia y espera de bienes soñados (casa, título universitario de un hijo, un negocio, etc.)
GRUPO 3 <i>El más proclive al retorno vulnerable tras un proyecto migratorio fallido.</i>	Estimulante al retorno: Sin trabajo en España no puede cubrir los altos costos de vida.	Estimulante al retorno: Limitación para la búsqueda de fuentes de trabajo. Inseguridad en el desplazamiento por lugares públicos.	Estimulante al retorno: Responsabilidad hacia dependientes familiares en Bolivia. Inhibidor al retorno: Retorno sin éxito, e incluso con deuda de viaje pendiente.

Fuente: Roncken y de la Torre (FIE-ONG, FUNDACIÓN CREA EMPRESA, BID, 2009, mimeo.).

La discusión de fondo está planteada. Ante estímulos e inhibidores tan concretos como los actualmente enfrentados en España, ¿cuál es la situación de aquel modelo de migración cíclica, de proyectos migratorios controlados por sus propios actores? El tema del control se hace capital cuando se piensa, por ejemplo, en los programas de retorno propuestos desde la Comunidad Europea y el Gobierno Español. Ante la cláusula de no regresar a España al menos durante tres años, exigida por uno de estos programas, podemos anteponer lo expresado por muchos informantes que hoy —quizá tal cual siempre— contemplan la idea del retorno como un eslabón de sus proyectos de vida. “¿Retorno? Ojalá nos den, pero no condicionado”, aventura Juan Carlos Guzmán, orureño residente en Barcelona²². Este ciudadano que está a punto de conseguir sus papeles de residencia laboral en España espera un apoyo más decidido “de todas las partes nacionales” para que recién entonces la alternativa de regresar a Bolivia se haga real para la mayoría (quizá la de los grupos 2 y 3 de nuestro esquema). Según Guzmán, regresar llevando “una buena maquinaria de trabajo” (un tractor, por ejemplo) y llevando, sobre todo, formación e información adecuada sería regresar en condiciones más favorables para una nueva residencia estable en Bolivia. Algunos actores estratégicos “de ambas partes” que el informante todavía no detalla podrían participar en la generación de estas oportunidades. “De verdad no les interesa [qué vamos a hacer si volvemos], ése es el asunto”, concluye²³.

²¹ Como hemos visto en el apartado dedicado a “las decisiones de la unidad familiar”, una lectura más adecuada sobre los estimulantes e inhibidores al retorno para cada grupo se hará cuando se entienda que éste también puede pensarse de formas marcadamente diferentes entre mujeres y varones (Bastia, 2011).

²² (22/7/2009).

²³ (Id)

Edgar, un cruceño de madre beniana y padre paceño, trabajaba como albañil y decidió buscar suerte en España. Cuando llegó le fue bien; pero ahora sólo consigue trabajo por períodos cortos. Una de sus mayores preocupaciones es que no está cotizando a la Seguridad Social. Hace poco, gastó buena parte de lo que tenía ahorrado y logró traer a su novia. Es consciente de no estar en buenas condiciones para lograr los papeles y se prepara para años duros de residencia obligada en España. Sin embargo, declara que hará todo lo posible para lograr la doble nacionalidad (una meta por ahora lejana), pues lo que quiere es un proyecto de vida flexible que le permita trabajar en España y vivir durante períodos en Bolivia. Su primer retorno se hará —él lo desea— sólo cuando haya reunido un buen capital, para tener un negocio y una vida en casa, quizá un locutorio como los que hay en España, “bien hecho”. La idea de tener un trabajo en la construcción podría atraerlo, pero él es consciente de que nadie las tremendas fluctuaciones que a veces frenan a este sector. Si en Bolivia algo “saliera mal”, planea volver a trabajar a España para hacer más dinero. A Edgar también le parece “un cuento” que alguien le haga creer que para lograr desarrollo o para generarse calidad de vida, él debe volver a Bolivia “voluntariamente”²⁴.

Mientras el ex ministro español Celestino Corbacho expresaba que su gobierno buscaba “una política migratoria basada en el control y la legalidad; (...) una política migratoria basada en las necesidades del mercado laboral” (*El nuevo día*, 31/1/2011), muchos de nuestros entrevistados parecerían resumir que lo que pretenden es conservar o recuperar el control de sus proyectos de movilidad, sea o no que éstos contemplen las viejas modalidades cíclicas. Esta pugna se vive en situación de crisis por las dificultades a momentos insostenibles que el contexto español ofrece a las familias bolivianas allá radicadas. Según Alain Tarrius, los momentos más intensos de manifestación de las crisis, “esconden y permiten (...) la aparición de formas de resolución todavía indecibles, inconfesables, imposibles de plantear” (2000: 40). Si bien el éxito o el fracaso de los proyectos migratorios está muchas veces condicionado por las distintas situaciones socio-económicas de las que viene cada migrante, parece ser también evidente que la forma en que cada familia, o cada individuo en movilidad, articule sus recursos y estrategias ante las duras condicionantes señaladas determinará que le sea posible o imposible ejecutar un posterior retorno en los márgenes deseados de libertad y control.

En Bolivia actualmente se discuten propuestas de programas de retorno pensados desde la especificidad del hecho migratorio vivido en varios frentes. Además de las declaraciones del presidente Evo Morales que actualmente comentan el tema migratorio en torno al discurso del retorno, otras medidas concretas inician la actividad estatal en este frente. En 2009 dos ministerios del Gobierno de Morales han iniciado un programa piloto de “Retorno Productivo” en base a la idea de asignar tierras agrícolas a familias bolivianas residentes en Argentina y Chile que manifestaron su deseo de retorno a Bolivia inscribiéndose en consulados bolivianos en esos países. Esta primera experiencia se detuvo cuando se había alcanzado una cifra cercana al centenar de familias inscritas y no se ha reactivado todavía. Hasta la fecha, ninguna de esas familias beneficiadas se ha instalado en sus nuevas tierras, alegando que las mismas todavía no cuentan con condiciones ni servicios básicos.

Otra medida estatal explícitamente dirigida a facilitar el retorno es el Decreto 371 del 2 de diciembre de 2009, que establece la liberación de aranceles aduaneros para la importación de menaje doméstico y equipo productivo para las familias que deseen regresar tras dos o más años en el exterior. Este Decreto Supremo, que se ancla en Artículo 133 de la Ley General de Aduanas, reconoce en su parte considerativa “la trayectoria laboral” de los bolivianos residentes en el exterior declarando que su aporte es bienvenido por el “Modelo Social Comunitario Productivo” que defiende el modelo del Estado Plurinacional de Bolivia. El carácter *definitivo* del retorno se expresa como una suposición —aunque difícil de comprobar— en el Decreto 371 y también se infiere en el hecho de la dotación de tierras fiscales, observándose un panorama que todavía parece no tomar en cuenta a las prácticas de migración y retorno cíclico.

Nuestras preguntas sobre el retorno se complejizan aún más cuando lo pensamos como un escenario en el que se desplegaría la inversión de capitales y la generación de micro-emprendimientos en

²⁴ (Barcelona, 31/7/09).

Bolivia. Ante estas expectativas, repetimos que “es importante definir la disparidad de oportunidades a las que se exponen distintos grupos al interior de nuestra colectividad migrante” (Roncken y de la Torre, 2009: 15). Algunos retornados podrán re-dinamizar sus recursos previos (y entre ellos la tierra se presenta evidentemente como una opción) con los recursos y conocimientos obtenidos en el exterior; para otros, eso será mucho pedir. Como han indicado recientemente, de vuelta al lugar de origen la migración internacional suele presentarse como un asunto esencialmente privado-familiar que ciertamente modifica las posibilidades de volver a articularse con el agenciamiento local (Roncken *et al.*, 2009). También puede preverse que se ejecutarán visiones de desarrollo familiar y comunitario variadas en cada uno de esos eventuales actos de migración-retorno e inversión en Bolivia.

Quizá sea posible plantear medidas desde el espacio público (las más de las veces conciliadas en iniciativa de nuevas relaciones internacionales) que no se obsesionen por controlar los proyectos migratorios de las familias bolivianas, sino que verdaderamente faciliten a estos actores retomar el control de esos proyectos, recordando que, históricamente, han tendido hacia aquel modelo de retorno cíclico con momentos de inversión en Bolivia y considerando también que esas decisiones familiares se han tomado en conocimiento de todos sus riesgos, sobre todo los familiares. El reciente texto de Tanja Bastia parte de similares observaciones para terminar pidiendo un Acuerdo Bilateral Bolivia-España que permita una “migración circular” tan libre como la que se ejerció en el espacio Argentina-Bolivia (Bastia, 2011). Según indica esta autora, las políticas migratorias que apuesten por imposibilitar esta circulación terminan forzando la residencia irregular en el país receptor, las más de las veces en condiciones laborales y familiares precarias, en espera de los documentos de regularización (Id.)

Esas medidas que podrían plantearse desde el espacio público son esperadas por muchos entre los que debemos citar, ¿cómo no hacerlo?, a los aproximadamente 100,000 bolivianos “sin papeles” que viven en espera de su regularización, de acuerdo a la Embajada Boliviana en España (*El nuevo día*, 31/1/2011). El protagonismo de esta cifra parecería corresponder a quienes integran el Grupo 2 de nuestro esquema (de la Torre y Roncken, 2009), grupo que debería ser más prioritario para cualquier programa de retorno productivo que se planteé nuevas modalidades de reincorporación de actores económicos a la vida nacional. “Por su parte, los programas que sólo trabajen con los eventuales retornados por vulnerabilidad [aquellos que identificamos en el Grupo 3] tendrán que conformarse con un impacto bastante más limitado en el desarrollo local” (Id., 2009:15).

El panorama de coordinación de actores del que podrían surgir iniciativas pertinentes al respecto parece involucrar necesariamente a las que uno de nuestros entrevistados definió como “ambas partes”. De un lado, en el país receptor —y en un contexto siempre complejo que en algo podría mejorarse por acuerdos bilaterales y multilaterales en materia migratoria que agilicen los procesos de regularización, entre otros—, podemos señalar el rol de diagnóstico, distribución de la información y acompañamiento que pueden cumplir Embajadas y, sobre todo Consulados Bolivianos, en tanto representación del Estado. Del otro lado, aquí en Bolivia, se puede seguir revisando la pertinencia de las pocas acciones hasta ahora ejecutadas desde el Ejecutivo (Programa Piloto de Retorno Productivo con dotación de tierras fiscales, Decreto Supremo de liberación de aranceles aduaneros para familias retornantes, etc.) en función a lo que ya demuestra su aplicación inicial. Del mismo modo, puede pensarse que para los programas e iniciativas de retorno, como para otros vinculados al hecho migratorio, puede articularse acciones conjuntas con los gobiernos autónomos departamentales y municipales, así como con otros actores de la Sociedad Civil que ya trabajan con los temas de movilidad y los temas productivos.

Siguiendo la lectura de “mundialización por debajo” propuesta por Tarrus podemos recordar que esta dinámica, en la que él sitúa a los movimientos poblacionales, no ocurre en el ámbito de los estados nacionales por sus acciones, sino más bien por sus ausencias, por sus falencias, por sus omisiones (2002). En conciencia de esta situación y a la hora de repensar su abordaje de propuesta al expatriado, en la compleja temática del retorno, un Estado naciente y asediado por muchos flancos de necesidad podría observar las “capacidades instaladas” en el nivel local e incluso en las potencialidades de las actuales prácticas migratorias familiares en actual ejercicio. Las facilidades para eventuales programas o proyectos, vinculados por ejemplo al crédito de fomento a actividades productivas, podrían advertir que muchas familias (aquellas que pasan del Grupo 2 al 1, en nuestro esquema) ya participan en dinámicas de

movimiento económico que generan efectos en la economía nacional. Una investigación de Michel Vaillant para el caso ecuatoriano encuentra que la migración de retorno cíclico, en lugar de una residencia definitiva en el exterior, puede permitir las condiciones para la supervivencia de sistemas migratorios que generan inversiones con implicaciones familiares y también locales o comunitarias (2008).

Quizá ni siquiera el retorno físico sea la primera condición para programas o iniciativas que apunten al retorno a mediano-largo plazo pero que antes se preocupen en generar bases para que algunas economías familiares que hoy dependen del hecho migratorio puedan más tarde independizarse de él.

*A Luis de la Torre M. y a todos los que nunca
han dejado de pensar en volver a Bolivia*

Bibliografía

- ACOBÉ (2011) *La experiencia del retorno: estudio del caso boliviano*. Madrid, ACOBE. Mimeo.
- Bastia, T. (2011). Should I stay or should I go? Return migration in times of crises. *Journal of International Development*. Por publicarse.
- Benencia, R. (2004). Familias bolivianas en la producción hortícola de la provincia de Buenos Aires. Proceso de diseminación en un territorio transnacional. En A. Hinojosa Gordonova, (Coor), *Migraciones transnacionales. Visiones de Norte y Sudamérica* (pp 201-229). La Paz: CEPLAG-UMSS/Universidad de Toulouse/PIEB/Centro de Estudios Fronterizos/Plural.
- Condarco Morales, R. (1971). *El escenario andino y el hombre*. La Paz: Renovación.
- Condarco, R. y Murra, J. (1987). *La teoría de la complementariedad vertical-ecosimbiótica*. La Paz: Hisbol.
- Cortes, G. (1998). La emigración, estrategia vital del campesinado, *T'inkazos* N°1.
--- (2004a). *Partir para quedarse. Supervivencia y cambio en las sociedades campesinas de Bolivia*. La Paz: Plural.
--- (2004b). Una ruralidad de la ausencia. En A. Hinojosa Gordonova, (Coor), *Migraciones transnacionales. Visiones de Norte y Sudamérica* (pp 167-199). La Paz: CEPLAG-UMSS/Universidad de Toulouse/PIEB/Centro de Estudios Fronterizos/Plural.
- CRI (2009). *Descripción del país: Bolivia*. La Paz – Santa Cruz: Country of Return Project, ACCEM UNITAS, Desafío. Mimeo.
- Dandler, J. y Medeiros, C. (1985). *Migración temporaria de Cochabamba, Bolivia, a la Argentina: Patronos e impacto en las áreas de envío*. Cochabamba: CERES. Mimeo
- De la Torre, L. y Alfaro, Y. (2007). *La cheqanchada: caminos y sendas de desarrollo en los municipios migrantes de Arbieta y Toco*. La Paz: PIEB/CESU, UMSS.
- El nuevo día*. (31/1/2011). *Bolivianos despiertan del 'sueño español'*. Santa Cruz.
- Fundación Pasos. (2008). *Migración transnacional de bolivianos y bolivianas a la Argentina y su impacto en comunidades de origen*. Sucre: Mimeo.
- Giorgis, M. (2004). *La virgen prestamista*. Buenos Aires: Antropofagia.
- González, S. (1996). *Cochabambinos de habla quechua en las salitreras de Tarapacá*. Iquique: Universidad Arturo Prat. Mimeo.
- Grimson, A. (2000). La migración boliviana en la Argentina. *Cuaderno de Futuro* 7.
- Hinojosa, A. (2006). Nacidos para migrar, Prólogo en L. de la Torre, *No Llores, Prenda, Pronto Volveré: Migración, Movilidad Social, Herida Familiar, y Desarrollo*. (pp. 6-11) La Paz: PIEB/IFEA/UCB.
--- (2009). *Buscando la vida: Familias bolivianas transnacionales en España*. La Paz: PIEB-CLACSO.

- Jones, R. C.; de la Torre, L. (2008). *Diminished or Revitalized Tradition of Return?: Transnational Migration in Bolivia's Valle Alto*. San Diego: The Center for Comparative Immigration Studies, University of California, San Diego. Mimeo.
- Klein, H. (1997). *Historia de Bolivia*. La Paz: La Juventud.
- Larson, B. (2000). *Cochabamba, (Re)Construcción de una historia*. Cochabamba: CESU.
- Levitt, P. (2001). *The transnational villagers*. Los Ángeles: California University Press.
- Mitre, E. (1991). *La Luz del Regreso*. Cochabamba: Simón I. Patiño.
- Murra, J. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- . (1987). "El archipiélago vertical revisitado", en Condarco y Murra: *La teoría de la complementariedad vertical-ecosimbiótica*. La Paz: Hisbol.
- Novick, S. (2008). *Las migraciones en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, Catálogos.
- Pease, Franklin (1975). Prólogo. En J. Murra *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Price, Marie (2006) "Globalización como emigración", ponencia. *Seminario Internacional: Dinámicas de las migraciones transnacionales de los países andinos a Europa y Estados Unidos. Causas y efectos socioeconómicos y espaciales*. La Paz (27-29/11/2006). IFEA y PIEB.
- Roncken, T., Alquizalet, O., Cielo, C., Céspedes, R., Serrudo, Y, (2009) *La vecindad que no viajó. Migración comunitaria y desarrollo comunitario en zonas periurbanas de Cochabamba*. Cochabamba: PIEB / Defensor del Pueblo/ Pastoral de Movilidad Humana.
- Roncken, T y de la Torre, L. (2009) *Potencial para el emprendimiento micro-empresarial de retorno en localidades bolivianas de alta migración hacia España*. La Paz: FIE-ONG /FUNDACIÓN CREA EMPRESA/ BID. Mimeo.
- Roncken, T. y Forsberg, A. (2007) *Los efectos y consecuencias socio-económicos, culturales y políticos de la migración internacional en los lugares de origen de los emigrantes bolivianos*. La Paz: PIEB. Mimeo.
- Tarrius, A. (2000). Las circulaciones migratorias: Conveniencia de la Noción de 'territorio circulatorio'. *Relaciones (Colegio de Michoacán), Vol XXI, N° 83*, 39-66.
- (2002). *La mondialisation par le bas. Los nouveaux nomades de l'économie souterraine*. Paris: Balland.
- Ururu*, Redacción de la revista (1987). Condarco y Murra. En R. Condarco y J. Murra, *La teoría de la complementariedad vertical-ecosimbiótica*. La Paz: Hisbol.
- Vaillant, M. (2008) Formas espaciales y laborales de movilidad campesina de Hatun Cañar: de la microverticalidad agro-ecológica a los archipiélagos de actividades. En H. Godard y G. Sandóval (Coors.) *Migración Transnacional de los Andes a Europa y Estados Unidos* (pp 103-134). Lima: IFEA/PIEB/IRD.
- Wieviorka, M. (2002). Un thriller sociológico. Prólogo en A. Tarrius *La mondialisation par le bas. Los nouveaux nomades de l'économie souterraine*. (pp. 9-13). Paris: Balland.

Entrevistas

Anónima, informante. Tarijeña, trabaja en cuidados en la zona de San Cugat del Vallès: 2/08/09.
Anónimo, matrimonio paceño radicado en Barcelona. Barcelona: 31/7/09.
Bastia, Tanja. Investigadora en migraciones bolivianas. Madrid: 6/8/09, 8/8/09 y 9/8/09.
Carmen. Migrante retornada (Cochabamba, 25/7/2010).
Édgar. Cruceño residente en Barcelona. Trabaja ocasionalmente en el área de la construcción. Barcelona: 31/7/09.
Guzmán, Juan Carlos. Orureño residente en Barcelona. Barcelona: 22/7/09.
Joaquín, potosino radicado en Arbieto. Padre de Sara, radicada en Barcelona (Cochabamba, 9/02/2009).
Salinas Maldonado, Sebastián. Abogado del ACOBE. Conversación telefónica: 7/9/09.
Sara. Arbieteña radicada en España. Hija de Joaquín, radicado en Cochabamba (Barcelona, 8/8/2009).
Richard. Originario de Vinto, Cochabamba Radica en Girona. Mecánico. Barcelona: 3/08/09
Richard y señora (s/r). Matrimonio paceño radicado en Barcelona. Barcelona: 31/7/09.
Wilson (s/r). Boliviano residente en Socuéllamos. Trabaja en transporte. Madrid: 16/7/09.

Figura.

